

Marcello Zago, o.m. i.
Superior general

**Cristo fuente de nuestro ser
testigos en comunidad apostólica**

DOCUMENTACIÓN - OMI
español Nº 193 junio 1993

*

Este número de *Documentación OMI*
presenta la carta que el superior general
ha dirigido en enero
a los oblatos en formación primera.

*

DOCUMENTACIÓN - OMI es una publicación no oficial
de la Administración general
de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada
C.P. 9061, 00100 Roma-Aurelio, Italia.

Cristo fuente de nuestro ser *testigos en comunidad apostólica*

Las reacciones a las cartas dirigidas a los oblatos en formación primera me animan a proseguir la tradición comenzada hace seis años. El tema del último Capítulo me lleva a desarrollar algunos aspectos de su mensaje centrado en nuestro ser Testigos en comunidad apostólica.

El Capítulo, en efecto, tiene un papel importante en el camino de la Congregación. Es la autoridad suprema. Tiene una gracia especial en discernir las necesidades y los desafíos. Mirando con discernimiento a las necesidades del mundo y de la Congregación, ha llegado a la conclusión de que actualmente el desafío mayor para renovarnos en nuestra vocación y para ser misioneros en el hoy del mundo consiste en ser Testigos en comunidades apostólicas. En las orientaciones capitulares se expresa no sólo un proyecto humano formulado por un grupo de personas serias y representativas, sino *una llamada de Dios*. A través de la realización de estas orientaciones se da una gracia particular a toda la Congregación a fin de que pueda renovarse en su carisma, ejercer eficazmente su misión, obtener las vocaciones y la perseverancia que necesita.

Un eslogan y un programa

El mensaje del Capítulo es claro y esencial. Habría sido suficiente lanzar las tres palabras, que constituyen un eslogan, mejor dicho, un programa.

Testigo indica una persona que es ejemplo claro e interpelante, a causa de una experiencia vivida y de una vida auténtica. El testigo cristiano vive y revela a Cristo y su Evangelio. La encíclica misionera afirma que la primera e insustituible forma de evangelización es el testimonio (cf. *RM*, 42-43). Por eso dedica todo un capítulo a la espiritualidad y a la santidad (cf. *RM*, 87-92).

Comunidad es expresión del Evangelio vivido juntos. En toda la historia de la vida religiosa, la comunidad es memoria de la compañía con Cristo, de la primera comunidad cristiana caracterizada por la unidad de un corazón solo y un alma sola. Es también profecía de la comunión trinitaria a la que somos destinados y que vivimos de modo inicial.

Apostólica evoca la comunidad de los apóstoles con Jesús. Afirma además que es forma y camino de apostolado. Siendo Evangelio vivido, la comunidad es buena noticia para la humanidad; es no sólo una ayuda para el apostolado, sino su fuente, porque donde dos o tres están reunidos en nombre de Jesús, allí está Él en medio de ellos (cf. *Mt* 18,20).

Las tres palabras ya de por sí son un programa para la Congregación, llamada a centrar su atención y empeño a fin de que seamos Testigos en comunidad apostólica. Este trinomio expresa un programa interno a la misma comunidad: es preciso ser testigos unos para otros dentro de la comunidad misma. Expresa también un programa externo: es preciso que juntos como comunidad seamos testigos, incluso porque hoy se cree más en el testimonio colectivo.

El Capítulo ha desarrollado también este tema dando indicaciones

importantes, que ayudan a tomar lo esencial, y profundizan en las exigencias de ser testigos en comunidad apostólica.

La Congregación toda, en sus varios niveles, está llamada a realizar las indicaciones del Capítulo. Es el deber de cada oblato, de cada comunidad, de cada administración de provincia o de delegación. El consejo general no dejará de indicar modos prácticos y proporcionar instrumentos adecuados. Con esta carta y en las siguientes voy a seguir este plan. Comienzo este año haciendo ver la fuente de nuestro ser testigos en comunidad apostólica, o sea, Cristo. A continuación podré profundizar en otros aspectos para ser Testigos en comunidad apostólica, como la vida fraterna, la consagración a través de los votos, la índole misionera de la comunidad, la corresponsabilidad y la autoridad, la comunión y el pluralismo, las formas y exigencias del testimonio comunitario, etc. Vosotros mismos podréis sugerirme los temas.

Cristo sigue llamándonos

Un análisis atento del documento capitular *Testigos en comunidad apostólica* hace entrever la centralidad de Cristo. En más de quince números se recuerda su papel (nn. 1, 3, 5, 6, 8, 9 10, 12, 15, 17, 25, 26, 27, 28, 32, 33, 45). No hay comunidad sin Él. No hay apostolado si no es con Él. No hay testimonio separados de Él.

Cristo es ante todo el que llama, interpela, convoca, toma la iniciativa, precisamente porque es Él el que continúa la misión divina; es Él el que salva y atrae todos al Padre a través de su Espíritu. “Cristo sigue llamándonos hoy día a seguirlo y a ser testigos de su vida y su misión. Sentimos, pues, la necesidad de valorizar la actualidad de su llamada, la invitación a caminar en pos de Él y la urgencia de ser creíbles en el servicio de la misión” (27). Esta llamada reiterada de Cristo está en el origen de nuestro empeño por nuestra formación en todas sus etapas (cf. 26, 32, 37), como también de nuestro deber y nuestra esperanza en promover las vocaciones. “El ministerio en

favor de las vocaciones no es facultativo, porque Cristo no cesa de llamar a algunos hombres para que lo sigan y anuncien su Reino. Compartiendo con todos los cristianos una misma vocación bautismal, estamos convencidos también de que Dios nos llama a la vocación específica nuestra, como hijos de Eugenio de Mazenod” (28). Hay una continuidad entre nuestra fidelidad en responder a la llamada específica y el surgir de nuevas vocaciones.

La llamada de Jesús tiene para nosotros una modalidad privilegiada: “nos llama a través de las necesidades de salvación de los hombres y especialmente de los pobres” (1). Este primer número de *Testigos en comunidad apostólica* recuerda el primer artículo de las Constituciones y más aún la experiencia fundante de la Congregación expresada en el prefacio del beato Eugenio, que se sitúa en línea con la de Cristo. Como se recuerda en el Evangelio de la misa del Fundador, Jesús “al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor” (*Mt* 9, 36). Esta página evangélica junto con aquella que describe la realización de la profecía de Isaías “me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres”, pronunciada en Nazaret (cf. *Lc* 4, 16-21), está en el centro de la comprensión bíblica de nuestro carisma. En esta perspectiva se puede comprender la conclusión de la primera parte de *Testigos en comunidad apostólica* dedicada a las necesidades de salvación hoy. “En el grito de los pobres de hoy percibimos más, gemidos de nacimiento que lamentos de muerte. ¡Cristo sigue naciendo en un mundo herido! ¿Sabremos ser los servidores de esta esperanza naciente?” (5).

Nuestra respuesta es ante todo una participación en la compasión de Jesús. Como la consideración de los males de su tiempo “ha conmovido” a nuestros primeros padres que han dado origen a la Congregación (cf. Prefacio), así hoy “Jesús llama a través de las necesidades de salvación y especialmente de los pobres” (1). Esta participación en la compasión de Cristo nos reúne en comunidad, crea

entre nosotros una solidaridad de compasión, nos hace vivir una comunión profunda entre nosotros orientada a la salvación de la humanidad. “Como nuestro Fundador, nos reunimos en torno a la persona de Jesucristo, tratando de crear una solidaridad de compasión, un solo corazón que sea alimento para la vida del mundo” (6). “Como misioneros es preciso oír el grito de las personas y grupos que ansían salvación, dejarse interpelar por él, responder con la oración y la disponibilidad, hacer que resuene en el propio ambiente (...) Este texto del Informe del padre general ha tenido mucho eco en el Capítulo” (cf. 24). “Sólo llegaremos a ser evangelizadores eficaces en la medida en que nuestra compasión sea compartida” (7). Hay una relación estrecha entre percibir las necesidades de salvación de la humanidad, la llamada de Cristo, la participación en su compasión salvífica, reunirnos en comunidades auténticas, el testimonio y la evangelización.

Compartir la compasión de Jesús es ya respuesta. Pero la respuesta no es sólo con respecto a la humanidad, sino también y sobre todo con respecto a Jesús. “Haciéndose discípulos en pos de Jesús, se disponen tanto mejor a compartir su misión como apóstoles” (15; cf. 27). “El discípulo está llamado a seguir a Jesús y ponerse a su escuela” (32). Aunque hay momentos y etapas privilegiadas en la elección e intensificación de tal relación con Cristo, toda la vida debe caracterizarse por una relación especial e inequívoca con Él. El último Capítulo ha subrayado la preparación para los votos perpetuos que debe ser para cada oblato “un tiempo privilegiado para intensificar su experiencia personal de Jesucristo, de su vida, de su misión y su mensaje” (33).

Pero al mismo tiempo, *Testigos en comunidad apostólica* recuerda que se trata de un empeño constante, de una conversión permanente. “Una conversión recomenzada cada día es indispensable a quien quiere ser testigo creíble, sin incoherencia, sin contradicción ni mentira” (18; cf. 37). Hablando de la formación con vistas al testimonio en comunidad apostólica se subraya: “El encuentro con Cristo y la interiorización de los valores están en el centro mismo de

este proceso que dura toda la vida. La imagen que resume todo lo que queremos decir es la de Jesús Formador que llama y reúne a sus discípulos en torno a sí, que crea entre ellos lazos de unidad y de amor, que les da la fuerza del Espíritu y los envía como sus testigos” (25-26).

El seguimiento y la escuela de Jesús comportan relaciones personales intensas con Cristo, que definen y transforman toda la vida. “En el plano de la fe, la C. 31 nos recuerda que los oblatos realizan la unidad de su vida sólo en Jesucristo y por Él. Por eso, como personas y como comunidades, nos esforzaremos en intensificar nuestra relación con Él” (12). Se necesita una experiencia de Cristo: “El testimonio de vida cristiana se manifiesta más en los que tienen experiencia personal y comunitaria de Jesucristo. Han descubierto la perla preciosa; su vida ha encontrado un centro de gravedad” (15). El ejemplo perfecto de esta relación con Cristo es “María que nos invita a intensificar nuestra relación personal con Jesús” (45).

Tal relación con Jesús no es ni intimista ni transitoria. *Transforma a toda la persona*. Los números 15-18 indican que el testimonio basado en la experiencia de Cristo implica a todo nuestro ser humano, cristiano, religioso; exige “una conversión recomenzada cada día” (18) y una formación permanente (cf. 37-38).

De esta relación brota un estilo de vida, un modo de hacer semejante al de Jesús que sirve y no abusa ni fuerza, que es casto y pobre, y rescató el mundo con su obediencia (cf. 3, 8, 9).

Nuestra respuesta no es realizable sólo con nuestras fuerzas. Podemos hacerlo sólo si “guiados por el Espíritu” (1). Cristo que llama, da también “la fuerza del Espíritu” (26). “Animados por el Espíritu, invitaremos a la comunión, signo de un mundo nacido de la Resurrección” (9).

Cristo centro de la comunidad

La experiencia de Cristo no es sólo personal, sino también comunitaria. La comunidad no es una yuxtaposición de personas que aman a Cristo, guardando esta relación en el secreto de su conciencia. La fe se vive y se transmite en las relaciones fraternas dentro de la comunidad. La comunidad, por lo demás, se construye sólo en Cristo, en torno a Él, que es su centro. “Construir tales comunidades apostólicas no podrá hacerse sin centrarnos de nuevo en la persona de Jesucristo” (9). “Nos reunimos en torno a la persona de Jesús” (6). “Formamos juntos comunidad en torno a Cristo” (cf. 8). Es Él “quien llama y reúne a sus discípulos en torno a sí”(cf. 26).

Esta centralidad de Cristo debería expresarse en el modo con que se hace comunidad, con que se organizan las actividades comunitarias e incluso se configura la casa religiosa misma.

En Él nace nuestra interdependencia y nuestra comunión. “Es Jesús Formador, que llama y reúne a sus discípulos en torno a sí, que crea entre ellos lazos de unidad y de amor, que les da la fuerza del Espíritu y los envía como sus testigos” (26). Nuestra experiencia de Cristo *debe ser comunitaria* a causa de nuestra vocación religiosa y misionera (cf. (9). El modelo comunitario es una realidad de fe. No es un hecho puramente social o funcional. Nace de la relación con Cristo, que sigue llamando y formando a sus discípulos y apóstoles. “La comunidad de los Apóstoles con Jesús es el modelo de esta vida. Esta presencia del Señor nos une en la caridad y la obediencia para hacernos revivir la comunión de los Doce, y nuestra misión común en el Espíritu (cf. C. 3). A esta luz, la práctica comunitaria no se limita a crear un grupo que funcione bien; tiende a establecer una interdependencia, una comunión profunda de unos con otros”(10).

La intensificación de nuestra relación con Cristo, por tanto, no es sólo una responsabilidad personal, que se lleva a cabo en lo íntimo de la conciencia. Se realiza en el ámbito personal y comunitario. “Los

oblatos realizan la unidad de su vida sólo en Jesucristo y por Él. Por eso, como personas y como comunidades, nos esforzaremos en intensificar nuestra relación con Él” (12). “El testimonio de vida cristiana se manifiesta más en los que tienen experiencia personal y comunitaria de Jesucristo” (15).

El ritmo de vida que incluye el intercambio en la fe, la alabanza de Dios, la oración, es una consecuencia de este empeño (cf. 12, 17, 23, 2). La comunión fraterna y la compasión por los otros nacen de esta relación común con Jesús y la refuerzan (cf. 6, 8, 10, 12, 13, 15, 17, 23, 2).

Cristo fuente de nuestro testimonio

La relación personal y comunitaria con Cristo está en el origen del dinamismo misionero (cf. *RM*, 87-91). El testimonio cristiano tiene por objeto a Cristo y su mensaje. Para realizarlo se requiere una experiencia personal y comunitaria de Él, como recuerda Juan en la primera carta: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos: la palabra de Vida (pues la vida se hizo visible); nosotros la hemos visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros” (1 *Jn* 1, 1-3).

Este texto me parece que hace de fondo a muchas afirmaciones de *Testigos en comunidad apostólica*. Se subraya ante todo la relación necesaria e intrínseca entre la experiencia de Cristo y de Dios y el testimonio. “El testimonio de vida cristiana, que es la primera e insustituible forma de la misión, se manifiesta más en los que tienen experiencia personal y comunitaria de Jesucristo”(14-15). Los oblatos “viven en verdad su vocación cristiana cuando testimonian que son amados por Dios y están convertidos a Jesucristo... Son hombres de la presencia de Dios, unidos a Él en la oración” (17).

Se recuerda asimismo la relación consecencial entre experiencia de Dios, vida fraterna en la comunión comunitaria y comunión universal propuesta a todos. “La comunidad que formamos juntos en torno a Cristo es la mesa del banquete al que invitamos a la humanidad” (8). En Cristo creamos “una solidaridad de compasión, un solo corazón que es alimento para la vida del mundo” (6). La presencia del Señor que nos une nos hace “revivir la comunión de los Doce, y nuestra misión común en el Espíritu” (10).

Es el mismo Jesús Formador “que llama y reúne a sus discípulos en torno a sí... que les da la fuerza del Espíritu y los envía como sus testigos” (26). María, que “nos invita a intensificar nuestra relación personal con Jesús”, “nos impulsa a mirar unos por otros como hermanos, y a amar al pueblo al que se nos envía para llevarle la Buena Noticia” (45).

Testigos en comunidad apostólica siguiendo las Constituciones

El mensaje capitular sobre la centralidad de Cristo para ser Testigos en comunidad apostólica está en perfecta sintonía con las Constituciones y Reglas. Esto es bien comprensible a causa del carácter cristológico de nuestro libro de vida y del cristocentrismo de nuestro carisma (cf. primera carta a los Oblatos en formación, 25/I/1987). Las citas y alusiones a las Constituciones son numerosas (cf. 9, 10, 11, 12, 20, 23, 24, 26, 28, 32, 35, 37).

Y precisamente en las Constituciones encontramos los complementos normales al documento capitular mismo. A la meditación de éste último podemos, por ejemplo, preguntarnos cómo se puede tener experiencia de Cristo y cuáles son los caminos para intensificar nuestra relación con Él.

Pues bien, esto se indica precisamente en las Constituciones. Los números 56 y 33 son fundamentales en la precisión de tales caminos para crecer en la amistad con Cristo, bajo la guía del Espíritu Santo. La

C. 56 indica nueve:

- la oración
- la liturgia
- escuchar al Señor en la Escritura
- encontrarse con Él en la Eucaristía
- reconocerlo en las personas
- y en los acontecimientos
- contemplar la acción de Dios en la vida y en la misión del Fundador
- como en la historia y en las tradiciones de la Congregación
- el trabajo apostólico.

A estos nueve hay que añadir la vida fraterna en comunidad que hace que "Jesús vive en medio de nosotros y nos mantiene unidos" (C. 37; cf. 3).

La Constitución 33 desarrolla algunos de estos recursos, en particular la Eucaristía, la Palabra de Dios, la liturgia de las horas, la oración silenciosa y prolongada de cada día, el examen de conciencia y el sacramento de la reconciliación. Se trata de las formas clásicas de la oración formal llamadas también ejercicios espirituales y prácticas de piedad.

Pero también las otras formas arriba indicadas son importantes para transformar nuestra vida en Cristo y realizar la unidad en Él. Reconocer la presencia de Dios en las personas y los acontecimientos, por ejemplo, es de suma importancia para una mirada de fe y un apostolado auténtico. Dios, en efecto, actúa en las personas y en la historia a través del Espíritu, como se recuerda con frecuencia en la *Redemptoris Missio*. Y en los acontecimientos sociales y sobre todo personales vivimos normalmente el misterio pascual, en todas sus exigencias de muerte y resurrección. Contemplar la acción de Dios en la vida y en la misión del Fundador como en la historia y en la tradición de la

Congregación ayuda a situar el carisma oblato en la justa perspectiva de fe y en su dinámica existencial. También el apostolado es un medio ordinario para entrar en relación con el Señor. Se comprende fácilmente para el ministerio sacramental. Incluso cada encuentro con las personas es camino para vivir la caridad de Cristo. Cada actividad hecha en nombre de la obediencia es portadora de gracia. El ejercicio de la caridad y la vida fraterna en comunidad, además de ser una aportación específica a la comunión eclesial, son caminos para vivir la presencia del Señor y tener experiencia de Él.

Entre los dos grupos de medios y caminos para crecer en la experiencia de Cristo hay complementariedad. Se necesitan los ejercicios de oración para desarrollar la relación personal con Cristo y se necesitan las otras actitudes de fe para vivir toda la vida en la presencia del Señor. Así es como se realiza progresivamente la unidad entre el hacer y el ser y como nuestro vivir se identifica con Cristo (cf. Gál 2, 20). Así se realiza lo que se nos hace presente en la C. 2: “Para ser sus cooperadores, se sienten obligados a conocerle más íntimamente, a identificarse con Él y a dejarle vivir en sí mismos”.

Concluyendo, deseo y pido que esta experiencia con Cristo sea cada vez más realidad existencial para cada uno de vosotros y para cada comunidad en que vivís. Por experiencia sé que comunidades de formación auténticas y dinámicas pueden ser levadura de renovación en torno a sí y en una provincia entera. Es lo que deseo a todas las comunidades de que formáis parte. Pero esto es posible si tenéis “experiencia personal y comunitaria de Jesucristo” (15). María os ayude y guíe.

P. Marcello Zago, o.m.i.
Superior general

Roma, 6 de enero de 1993
Fiesta de la Epifanía del Señor

*

«Escogidos para anunciar el Evangelio de Dios», los Oblatos lo dejan todo para seguir a Jesucristo. Para ser sus cooperadores, se sienten obligados a conocerle más íntimamente, a identificarse con él y a dejarle vivir en sí mismos. Esforzándose por reproducirle en la propia vida... C. 2.

*